

Democracia y socialismo: La estrategia política de las revoluciones (a propósito de la Revolución Francesa)

Miguel González Madrid

1. ¿Por qué la Revolución Francesa de 1789 despertó tanto interés político y teórico, desde su preparación e inicio, y por qué interesa aun a aquellos que asumen un proyecto de revolución socialista? ¿Qué tienen que aprender todavía los pensadores socialistas y los demócratas, sin el riesgo de considerar a esa revolución como un *modelo* o como el punto de partida de una tipología? ¿Qué relación existe entre la *democracia* y el *socialismo* como proyectos de revolución o simplemente como proyectos de sociedad? Éstos y otros interrogantes han sido planteados con insistencia en distintos momentos y lugares de las sociedades nacionales. Tal como afirma Albert Soboul, desde hace dos siglos "cada generación [...] se ha asomado a la Revolución [de 1789], matriz de nuestro tiempo, ora para exaltarla, ora para rechazarla, siguiendo el hilo de sus esperanzas y de sus sueños".¹

Desde el socialismo *utópico* (y por referencia de algunos de sus autores, mal llamado utópico en el sentido moderno de la expresión *socialismo*) hasta el socialismo de nuestros días, y desde el democratismo radical del jacobinismo hasta el democratismo radical de muchos partidos modernos occidentales, sin duda la Revolución Francesa de 1789 sigue conservando un aire mítico y enigmático. Sobre todo en la coyuntura de 1789 a 1794, esa revolución condensó, en una imbricación de ricos acontecimientos, una diversidad de fuerzas que representaban necesidades del pasado y del futuro, a tal grado que el presente difícilmente fue traducible en el plazo inmediato al código de los intereses de una determinada clase o fuerza social. Muchos historiadores,² en efecto, han dado cuenta de



esa compleja imbricación de acontecimientos, de momentos y de fuerzas sociales que, por cierto, constituyen la matriz de dicha revolución y de la dificultad del proyecto de la burguesía para imponerse linealmente tanto frente al antiguo régimen como ante las exigencias de las masas populares de avanzar, más allá del sometimiento de las relaciones e instituciones feudales, hacia esquemas de compromisos parlamentarios sugeridos por el nacimiento de una sociedad históricamente diferente y opuesta a las exclusividades y a los privilegios políticos.

El proyecto revolucionario de la burguesía francesa de 1789, aparte de ser contradictorio por las perspectivas que va abriendo a cada una de las grandes fuerzas sociales que configuran la totalidad del *movimiento revolucionario*, llega a convertirse incluso en el esbozo de "otro" proyecto de "otra" clase recién emergida en la escena de las luchas de clases del capitalismo. Pero se trata ahí de "otro" proyecto y de "otra" clase aún *indeterminados*, sin unicidad ni identidad, que fatalmente deben esperar el pleno nacimiento y el despliegue de su propio objeto histórico de transformación.

Aunque el sentido histórico de esa revolución fue impuesto finalmente por el proyecto de sociedad burguesa, su curso, estrecho en principio, fue ampliándose con la heterogénea presencia de "fuerzas progresistas"³ hasta alcanzar su momento culminante con Robespierre.⁴ La fase culminante dejó al descubierto no sólo la encarnizada lucha burguesa en contra del antiguo régimen, sino también la posibilidad de que las masas populares se situaran a la cabeza del movimiento revolucionario, con lo cual se puso en riesgo no tanto el nacimiento de la sociedad política burguesa francesa, sino su propia temporalidad y su originalidad. Desde finales de 1793 hasta mediados de 1794, la fase de dominio jacobino expresó sintomáticamente que la re-

volución (democrático) burguesa no podía avanzar sin el apoyo del conjunto de las fuerzas progresistas, pero además que cuanto más avanzaba el proyecto de sociedad correspondiente era mayor la amenaza representada por fuerzas que paradójicamente el capitalismo iba dando a luz. Como sabemos, Marx resume esta paradoja en una frase: la burguesía crea a sus propios enterradores; las armas que utiliza en su lucha contra el feudalismo se vuelven contra ella.

2. Dice Castoriadis que la praxis revolucionaria no tiene "que producir el esquema total y detallado de la sociedad que apunta a instaurar, ni que «demostrar» ni garantizar en absoluto que esta sociedad podrá resolver todos los problemas que jamás se le puedan plantear".⁵ La Revolución Francesa de 1789 provocó el nacimiento de una sociedad burguesa históricamente *diferente* de la sociedad burguesa *pensada* como proyecto antes de —y durante— la revolución. No obstante, como asegura Castoriadis, no hay incoherencia entre lo propuesto y lo acontecido, entre *el proyecto y lo realizado*, siempre que el proyecto haya sido o sea guiado por el sentido y la intención de una determinada *transformación de lo real*. Aunque lo realizado desborda ineluctablemente al proyecto, no es extraño a éste... o por lo menos se reconoce a éste como su peculiar punto de partida. Así, el incesante *deseo* de aproximar el *proyecto revolucionario a lo real transformado* adquiere un carácter permanente en ese desbordamiento histórico. El deseo se ata, desde esta perspectiva (pero sin que se diluya o pierda su propia autonomía), a una necesidad de "trabajar para su realización".⁶

El proyecto revolucionario de la burguesía, consecuentemente, fue desbordado momento a momento por la realidad histórica, pero encontró sus raíces y sus puntos de apoyo en ella. Su particularidad y su existencia no pueden estar negados por la diferencia entre lo

histórico y lo real, sino en la particularidad y existencia de *otro* proyecto revolucionario y en la transformación continua del objeto de éste. Es un hecho, sin embargo, que por lo menos en el nivel teórico aquel proyecto revolucionario encontró su negación en las teorías "socialistas" del momento e incluso en la posibilidad de que el proceso revolucionario bajo la dirección del jacobinismo "resbalara" hacia la transformación prematura de la sociedad burguesa en algo incierto o impredecible.

La democracia burguesa —que con el despliegue de los grandes principios de igualdad, libertad y fraternidad propició la hegemonía, y por ende la absorción cultural y política de la burguesía sobre el resto de las clases sociales— fue desbordada en el mismo lapso del ciclo revolucionario de 1789-1794 por "otra" democracia cuyo sujeto revolucionario estuvo constituido por la heterogénea "masa popular"⁸ o, dicho en un sentido más amplio, por el conjunto de "fuerzas progresistas". Más allá de ese lapso, pero en el periodo comprendido en la primera mitad del siglo XIX, quedó de manifiesto no sólo la diferencia entre *lo deseable* y *lo posible*, sino además la diferencia entre el *proyecto* y *lo realizado*, y con ello una realidad histórica más compleja aún pero con la clave de la nueva estructura de clases sociales para descifrarla. De tal modo que si consideramos al proletariado como la fuerza revolucionaria en ciernes, podemos aceptar la idea de que esta clase (como "preproletariado") se apresuró a traducir al lenguaje de sus intereses la revolución política burguesa, con lo cual se acentuaron más las diferencias señaladas.

De 1789 a 1848 la revolución burguesa necesitó, en su ascenso y consolidación, de las masas populares; pero en este despliegue fue puesta cabeza arriba por el democratismo radical del incipiente proletariado, y enseguida por su democratismo socialista.⁹ Tiene razón Kurt Lenk al decir que el proletariado se apropia de las

reivindicaciones políticas de la revolución burguesa: aun abstractamente, en los tiempos modernos la idea de una sociedad de hombres libres e iguales no ha dejado de dar sentido al proyecto revolucionario socialista fundado en las luchas reales de transformación de la democracia burguesa. Quiero decir, pues, que democracia y socialismo son expresiones que en el pasado y en el presente han remitido a las paradojas de que para nacer y existir la sociedad burguesa necesariamente ha debido concebir y reproducir en su seno las fuerzas, los sujetos y las premisas de su propia transformación.

Ciertamente, no podemos considerar a la revolución burguesa de 1789 como el origen de la democracia y del socialismo, por lo menos en sus acepciones históricas más generales, pero conceptual y políticamente estos paradigmas adquieren plena validez y relevancia con el florecimiento de la sociedad burguesa... No la sociedad de *una* clase, sino de muchas clases, y sobre



todo de dos fundamentales: la burguesía y el proletariado. La sociedad burguesa, pues, nace estigmatizada por una fuerza social que desea —y objetivamente, pero con ritmos diferentes, se ve movida a— romper las trabas impuestas por la lógica del capitalismo a su propio despliegue. Surge de ahí una situación tensa entre avanzar y retroceder, entre la revolución y la contrarrevolución. Tal tensión no ha dejado de manifestarse en la permanente confrontación entre la democracia burguesa y la democracia proletaria, entre el socialismo reformador burgués (incluido el de algunos de los llamados socialistas "utópicos" del pasado) y el socialismo autogestionario anticapitalista; en una palabra, y en el extremo de los opuestos, entre la democracia y el socialismo.

Ante el fracaso de querer desplegar la bandera de la democracia como exclusividad capitalista o, en el otro lado, la del socialismo como contenido exclusivo del proyecto revolucionario del proletariado, en el mundo contemporáneo asistimos sintomáticamente a una relación de mutua necesidad entre democracia y socialismo, en un punto en que la sociedad burguesa (y el capitalismo en su conjunto) no ha podido fenecer y la sociedad socialista no ha podido terminar de nacer. La crisis capitalista y la crisis del socialismo *real* han puesto así al desnudo sus carencias, sus limitaciones, sus miserias, a tal grado que no es extraño hoy en día que el proyecto revolucionario socialista sugiera, por ejemplo, que el socialismo será democrático o no será tal¹⁰ y, por otra parte, que los regímenes democráticos (definidos en términos de clase por la capacidad hegemónica de la burguesía) reconozcan que para existir como tales deben abrir paso a transformaciones antes impensables, aun gradualmente, y no exentas de puntos de resistencia. Uno pudiera preguntarse, por cierto, ¿dónde termina la democracia y dónde comienza el socialismo? Desde

luego que tal interrogante está cargado de mucha especulación, y su no pertinencia teórica nos obliga todavía más a investigar no las acotaciones de un lado y de otro sino aquellos enlaces que, por ejemplo, han permitido que se coloquen las luchas democrático-socialistas en el cenit del gran proyecto revolucionario socialista.

La sinestesia política que mantuvieron tanto el capitalismo como el socialismo "real" en el lapso del presente siglo (obviamente), tuvo como corolario la abstracción del movimiento histórico de fuerzas progresistas en un sentido que fue y sigue siendo ascendente, hacia una sociedad *diferente* y cuyo eje consiste en las premisas de liberación, igualdad y asociación reales y auténticas de los hombres.¹¹ Esos sistemas escaparon a los sentidos y se quedaron en un nivel abstracto mientras la posibilidad y la reivindicación (*lo posible* y *lo deseable* nuevamente en escena) de una sociedad auténticamente democrática ocuparon un sitio central cuya originalidad hoy sigue remitiéndonos, más allá de las demarcaciones de una historia comparativa, a la sinestesia política de la situación francesa de 1789 a 1848 movida por la marea de la revolución/contrarrevolución.

El fenómeno de la sinestesia política del capitalismo y del socialismo "real", y a final de cuentas la necesidad de encontrar en lo "otro" y "lo diferente" el umbral de su propia identidad y su posibilidad de seguir existiendo, no se traduce en la fórmula simplista, como correctamente señala Castoriadis, de querer encontrar "en el negativo" del capitalismo, un "positivo que se constituye simétricamente, milímetro a milímetro..."¹² o bien, desde el otro lado y en retrospectiva, de querer descubrir en las "miserias" del socialismo "real" las "bondades" del capitalismo.

Si nos hemos referido a esa relación genética del socialismo con la democracia no ha sido con la pretensión de descubrir una tendencia de desplazamiento

—lineal o concatenado— de un término por el otro en el curso de los acontecimientos históricos, sino más bien para ilustrar, por una parte, la dificultad de considerar el nacimiento de la sociedad democrática burguesa como resultado de la revolución de *una* clase que en su tiempo se perfilaba como la nueva clase dominante, y por otra, la necesidad de la sociedad burguesa de ser cualitativamente diferente de la sociedad feudal. En el primer caso, con la expresión "sociedad burguesa" se quiere decir la sociedad constituida por todas las clases específicas del capitalismo bajo la dominación y la hegemonía de la burguesía. En el segundo caso, una de las claves de la diferenciación entre una y otra sociedad no fue en sí la existencia del proletariado, sino su carácter subversivo, el cual se manifestó activamente ya en círculos intelectuales o ya en el seno más amplio del movimiento de las "fuerzas progresistas" desde la preparación de la Revolución de 1789 hasta la consolidación política de lo que Marx llamó en *El dieciocho brumario* la "totalidad de la burguesía". Si bien la actividad política del proletariado de la primera mitad del siglo XIX no debe considerarse instrumentalmente relacionada con la consolidación del dominio político de la burguesía, es pertinente pensarla como punto histórico de apoyo pero también como un punto que al moverse genera una línea de subversión en contra de los intersticios capitalistas.

De Robespierre al democratismo socialista, pasando por algunos socialistas "utópicos", la intención de instaurar la sociedad burguesa con mayor aproximación al *proyecto* de la revolución burguesa ha constituido en el tiempo una cruel obsesión (lo deseable a la enésima potencia), incluso al extremo de pretender arribar al "perfeccionamiento" de la democracia, del sistema de producción, etc., o también ha constituido una necesidad circunstanciada (lo posible como una hipótesis) sumamente expuesta a la actividad política de fuerzas conser-



vadoras. El socialismo "utópico" de Saint-Simon, por ejemplo, fue más bien una pretensión de "purificar" la sociedad burguesa en una época en que los antagonismos de las clases específicas del capitalismo no se definían por completo en Francia. Robespierre, a su vez, estuvo obsesionado más por la instauración de un democratismo radical para toda la sociedad burguesa que por entregar la revolución a las masas populares.¹³ El democratismo socialista, aquel identificado con el esquema de la revolución socialista por etapas, y que en la actualidad parece haber resurgido parcialmente, con fatalidad ha tenido que esperar que la historia transcurra en dos sentidos: hacia la maduración plena de la sociedad burguesa o hacia la democratización (el regreso a la democracia burguesa o su instauración extensiva y el consecuente derrocamiento del autoritarismo), para seguir el curso de la *posible* revolución socialista.

3. Aun después de setenta años de efectuada la Revolución socialista de 1917, la Revolución Francesa de 1789 no ha dejado de inspirar al heterogéneo movimiento socialista. Marx, por ejemplo, se inspiró en ésta para formular una serie de propuestas teóricas y políticas constitutivas del proyecto de revolución proletaria. Entre esas propuestas encontramos la idea acerca de la destrucción del Estado capitalista, en oposición a la estrategia burguesa que consiste en sustituir a la dominación política feudal por la burguesa; o la idea de la instauración de la democracia real en oposición a la democracia formal. Sin ser nuestro propósito detenernos en esta cuestión, es necesario agregar que aun cuando existe un vínculo estrecho, genético e histórico, entre la democracia burguesa y el socialismo proletario, las estrategias políticas de las revoluciones correspondientes son diferentes tanto en la composición de clase del movimiento revolucionario como en la sociedad que proyecta instaurar.

Desde luego, esa afirmación no es un descubrimiento; pero a propósito del mareo que pudiera aún producir el recuerdo de la Revolución Francesa de 1789, es pertinente advertir por lo menos la errónea interpretación que considera a esta revolución como fuente inagotable de inspiración de *todo* revolucionario.



Notas

- 1 A. Soboul, "La historiografía clásica de la Revolución Francesa. En torno a controversias recientes", en Varios: *Las revoluciones burguesas*, editorial Crítica-Grijalbo, Barcelona.
- 2 Entre ellos, George Rudé (en *La Europa revolucionaria, 1783-1815*, Siglo XXI editores) y los historiadores del grupo de Leipzig, en especial M. Kossok (en *las revoluciones burguesas*, editorial Crítica-Grijalbo, Barcelona).
- 3 ...la totalidad de las capas y clases sociales progresistas que intervienen durante la revolución burguesa y de ese modo hacen historias es más amplia que la suma de aquellas fuerzas que se incluyen en el concepto de masas populares o movimiento popular" (M. Kossok [et.al.], *Las revoluciones burguesas*, págs. 108-109).
- 4 La caída de Robespierre provocó una especie de anticlímax. la revolución continuó, si bien a un paso más moderado..." (George Rudé, *op. cit.*, pág.198)
- 5 Cornelius Castoriadis: *La institución imaginaria de la sociedad*, editorial Tusquets, Barcelona, pág. 155 del vol. 1: "Marxismo y teoría revolucionaria".
- 6 "Teniendo este deseo, [...] que es el mío, no puedo más que trabajar para su realización": esta idea de Castoriadis (*op.cit.*, pág.159) puede entenderse en el sentido de que el proyecto revolucionario no es algo dado, aunque parte de una intención específica de ir hacia un lugar deseable y/o posible históricamente: más bien se construye en lo real-histórico sin perder los rasgos de su autonomía subjetiva.
- 7 Cfr. Castoriadis. *op.cit.*, pág.162.
- 8 Incluidos los *sans-culottes* (asalariados, pequeños artesanos) y la pequeña burguesía democrática radical.

- 9 Todavía en 1841-1843, por ejemplo, el proyecto revolucionario de Marx aparece fuertemente delimitado por el democratismo radical, y no será sino habiendo iniciado su exilio en Francia que rectifica sus reflexiones al proponer no una revolución política para Alemania, sino una revolución social bajo la hegemonía del proletariado. Sin intentar identificar el pensamiento de Marx con el proyecto revolucionario más vasto y complejo del proletariado, vale señalar de paso la sintomática relación entre las fases de desarrollo de este proyecto hasta la actualidad y las fases de desarrollo del pensamiento del Marx de 1841-43 al Engels de la época del inicio de la socialdemocracia alemana.
- 10 Nicos Poulantzas, teórico marxista de relevancia mundial en los años setenta afirma al final de su obra de 1978 (Estado, poder y socialismo) exactamente eso: "Pero una cosa es segura: el socialismo será democrático o no será tal".
- 11 Castoriadis en una reflexión filosófica sobre este aspecto pone énfasis en la posibilidad y demanda de autonomía de los hombres: *op.cit.*
- 12 *Op.cit.*, págs 168-169. Castoriadis previene implícitamente, a propósito, de dos erróneas interpretaciones marxistas acerca de la construcción (o ¿prefiguración?) del socialismo en el capitalismo: aquella que ve, unilateralmente, las fuerzas de negación en el proceso objetivo capitalista (el proletariado, por ejemplo); y la otra, que ve también unilateralmente, pero en un estilo subjetivo, figuraciones socialistas en las formas avanzadas de gestión obrera en el capitalismo. Desde otro ángulo, también serían erróneas las interpretaciones que consideran al capitalismo como expresión de la dominación absoluta de clase, pues soslaya la capacidad de lucha y respuesta del proletariado sobre todo en los momentos de transformaciones clave del capitalismo (*cf.* al respecto la obra de Harry Cleaver, *Una lectura política de El Capital*, FCE, México, 1986).
- 13 *Cfr.* George Rudé, *op. cit.*, especialmente págs. 185-197.

Bibliografía

- Ansart, Pierre. *Sociología de Saint-Simon*, ediciones Península, colección ediciones de bolsillo núm. 226, Barcelona, 1972.
- Ionescu, Ghita. *El pensamiento político de Saint-Simon*, FCE, México, 1983.
- Cole, G.D.H. *Historia del pensamiento socialista* (vol. I, 1789-1850), FCE, México, 1957 a 1980.
- Castoriadis, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*, Vol. 1; "Marxismo y teoría revolucionaria" Tusquets editores, Barcelona, 1983, 285 págs.
- Varios. *Las revoluciones burguesas*, editorial Crítica-Grijalbo, Barcelona, España, 1983, 247 págs.
- Lenk, Kurt. *Teorías de la revolución*, editorial Anagrama, colección Elementos críticos 15, Barcelona, España, 1978, 216 págs.
- Brinton, Crane. *Anatomía de la revolución*, editorial Aguilar, Madrid, 1962, 359 págs.
- Fernández Santillán, José F. *Hobbes y Rousseau*, FCE, México, 1988, primera edición, 179 págs.
- Rudé, George. *La Europa revolucionaria, 1783-1815*, Siglo XXI editores, México.
- Bergeron, Louis [et al.], *La Época de las revoluciones europeas, 1780-1848*, Siglo XXI editores, México, 1976 a 1988, 342 págs.
- Lojkin, Jean. *La clase obrera, hoy*, Siglo XXI editores, México, 1989, primera edición, 191 págs.
- Sánchez Rebolledo, Adolfo. "En busca de la identidad perdida", en *La jornada semanal*, 22 de enero de 1989, págs.8-11.
- Colomer, Josep M. "Sobre la democracia y su incierto valor", en *Cuadernos políticos*, núm. 52, México, oct.-dic. 1987, págs. 51-64.
- Barros, Roberto, "Izquierda y democracia: debates recientes en América Latina", en *Cuadernos políticos*, núm. 52, México, oct.-dic. 1987, págs. 65-81.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. "Once tesis sobre socialismo y democracia", en *Cuadernos políticos*, núm. 52, México, oct.-dic. 1987, págs. 82-88.